

CAPITULO TERCERO.

Los beneficios del Santo Sacrificio.

Sumario: Prisioneros libertados: hechos referidos por el venerable Beda y por San Gregorio el Grande. Naufragio evitado.—Victoria de Ethelred sobre los Daneses.—El obrero sepultado en una mina, y salvado por el santo Sacrificio.

Prisioneros libertados.

El santo Sacrificio de la Misa, según la enseñanza del concilio de Trento, tiene por efecto el purificar nuestras almas del pecado: su acción inmediata es borrar las faltas veniales: indirectamente, rompe los lazos del pecado mortal, procurando las gracias actuales que atraerán el corazón del culpable á la penitencia y al perdón. Así pues, la Sangre de la Víctima eucarística nos arranca á la cautividad del demonio; pero aun en el orden temporal, muchas veces ha obrado tambien prodigios análogos, libertando de sus cadenas á los desgraciados prisioneros, y devolviendo la salud á los enfermos que gemían bajo el peso de sus males. He aquí desde luego un ejemplo que nos ha conservado el venerable Beda en su *Historia de Inglaterra* (1).

Acababa de tener lugar un combate sangriento al norte de la Trent; el rey de los Meccins,

[1] V. Beda, *Hist. eccles. gentis Anglorum*, lib. IV. cap. 22; *Patrol. lat.* tomo. XCV, col. 205 y 206.

Aelréde, había matado á Elbuino, hermano de su rival Egfrido, rey de Northumbrie. Entre las víctimas se encontró mortalmente herido un valeroso soldado llamado Imma, que pertenecía al partido vencido: permaneció un día y una noche tendido en el campo de batalla en medio de los muertos; mas al fin, habiéndole vuelto algunas fuerzas, vendó como pudo sus heridas, se levantó, avanzando con esfuerzos sobrehumanos del lado de donde esperaba encontrar amigos y algún auxilio; mas fue á caer entre las manos de los soldados enemigos quienes le condujeron al teniente Aelred. Interrogado acerca de su nación, tuvo miedo de confesar que era soldado de Elbuino y se hizo pasar por un pobre labrador que había venido al campo á traer víveres y había sido herido: mandaron que se le cuidara; no obstante, conservando algunas sospechas, ordenó el oficial que le amarraran todas las noches á fin de asegurarse que no fuera espía.

Mas tambien todas las noches, luego que se retiraban los que lo custodiaban, caian las ataduras por sí mismas, como si fueran rotas por una mano tan invisible como poderosa. Muy sorprendido el oficial por estos prodigios, preguntó á Imma porqué este mágico ha podido romper tantas veces las cadenas con que le ataban." No he conocido nunca el arte de la magia, respondió el prisionero; solamente tengo en mi país un hermano que es sacerdote; supongo que creyéndome muerto ofrece muchas veces por mí el Santo Sacrificio, esta debe ser la causa de esta maravilla; y estoy seguro que

si mi alma hubiera pasado á la otra vida, estas oraciones de mi hermano me libertarían y me llevarían á gozar de Dios."

Mientras hablaba, algunos soldados que lo observaban con atención, comprendieron en su lenguaje y en su aire distinguido que no era lo que había dicho, sino algún guerrero de noble familia: el oficial también quedó admirado; lo llevó aparte, é instándole le dijera quien era, prometiéndole no hacerle ningún mal cualquiera que fuesen sus declaraciones: Imma se dejó vencer y confesó que era ministro del rey Elbuino: "Tenía yo pues razón, replicó el oficial, de creer que no erais labrador: mereceis la muerte, y yo debería vangar en vuestra sangre la pérdida de mis parientes y de mis amigos que han sucumbido en está batalla; mas no faltaré á mi palabra, os dejo la vida." Tan luego como se cicatrizaron sus heridas, lo vendió á un Frisón que se lo llevó á Lóndres. Allí también tenían cuidado de amarrarle todas las noches para que no pudiese huir, mas cada vez que le ataban, se desataban las cadenas por sí solas. El Frisón espantado de una cosa tan extraordinaria, propuso la libertad de su esclavo mediante una fuerte cantidad; Imma prometió con juramento de enviar esta suma y partió inmediatamente.

Pocos días después llegó al lado de su hermano, que era abad del monasterio de Tunnacestir, y le refirió detalladamente la conducta maravillosa de la divina Providencia para con él. Entonces quedó enteramente aclarado todo el misterio: "Me habian anunciado, dijo el santo abad, que erais del número de los muertos; fui

al campo de batalla, y después de largas pesquisas encontré el cuerpo de un soldado, cuyo rostro se parecía enteramente al vuestro; le dí honrosa sepultura, y desde ese día he mandado celebrar todos los días una misa por él descanso de vuestra alma." Resultaba pues de la relación de Imma que la hora de la libertad momentánea correspondía precisamente á la hora en que se ofrecía el Santo Sacrificio por su intención. El venerable Beda concluye esta historia diciendo, que la fama de este milagro se extendió inmediatamente y creció mucho la devoción que ya tenían de mandar celebrar el santo Sacrificio por los vivos y por los difuntos (1).

Libertad de un náufrago.

El papa San Gregorio el Grande, en muchos pasajes de sus *Diálogos*, demuestra el inapreciable valor del santo Sacrificio de la Misa; al fin del libro IV refiere el hecho siguiente:

Agathón, obispo de Palermo, fue llamado á Roma por el papa Pelagio II, y en la travesía corrió gran peligro de naufragar levantábase súbitamente una tempestad, desencadenándose sobre el navío con tanto furor, que arrebató y rompió velas, mástiles y cuerdas.

Ya no había que esperar nada de parte de los hombres, y entonces, tanto marineros como pasa-

[1] San Gregorio (*homil. 37 in Evang.*) habla también de un cautivo que veía caer sus cadenas cada vez que su mujer, que le creía muerto, mandaba celebrar por él la santa Misa. Se lee un rasgo semejante en la vida de San Juan el Limosnero por Metaphraste.

jeros volvieron sus miradas al Cielo, que era donde podían encontrar salvación. Mientras oraban, uno de los marineros llamado Baraca, ocupado en dirigir una embarcación en seguida del navío, fue asaltado por una ola enorme; el cable que la sostenía atada al buque se rompió y el desgraciado fue arrebatado á lo lejos con su barca. En cuanto al navío, estuvo veinte veces á punto de ser sumergido, mas al fin, pudo con la ayuda de Dios abordar á la pequeña isla de Ustica, una de las Eoliannos, en la costa de Sicilia.

Mas el naufrago no volvió á aparecer, todos creyeron que había perecido en las olas; por esto á los tres días el obispo Agathon mandó celebrar una misa por el descanso de su alma. El resto del viaje fue penoso todavía, más al fin llegaron al puerto de Roma; mas; cuál fue la sorpresa y también la alegría del obispo percibiendo en la rivera al marinero Baraca! Quiso saber inmediatamente cómo había podido escapar á tan inminente peligro.

El marinero refirió que muchas veces se había sumergido su barca por el furor de la tempestad cubriéndola las olas; entonces nadaba cerca de ella sin dejarla de la mano; otras veces la tempestad la volteaba completamente y con esfuerzos inauditos se sentaba sobre la carena que quedaba encima de las aguas: á esta lucha incesante que lo agotaba se juntó una debilidad extrema causada por la falta de alimento, é iba infaliblemente á sucumbir cuando llegó un socorro inesperado. "Ya no podía más, dice, y caía desfallecido, cuando

derepente me apareció un personaje de figura majestuosa que me presentó un pan fortificante; y apenas lo había comido cuando me sentí con un ánimo extraordinario: poco después pasó un navío, y percibiendo las señas que yo hacía, vino en mi auxilio y me condujo al puerto."

El obispo se informó del día y la hora en que le había llegado este socorro milagroso, y pudo comprobar facilmente, que era en el momento mismo en que se celebraba por él el santo Sacrificio. Así es que mientras se ofrecía al Cielo en su favor el Pan eucarístico, un ángel del cielo le trajo un pan material, necesario para la conservación de su vida, y apenas había terminado la Misa cuando vino la salvación por medio del buque.

VICTORIA DE ETHELRED SOBRE LOS DANESSES.

Los Daneses acaban de hacer una irrupción en Inglaterra: el rey Ethelred acudió con su hermano Alfredo para rechazarlos, mas no habiendo podido alcanzarlos sino al fin del día se vieron obligados á diferir el combate hasta el día siguiente. Luego que apareció la aurora, Alfredo estuvo presto, y viendo que el rey no salía de su tienda, le envió correo sobre correo para advertirle que los Daneses iban á caer sobre ellos.

Ethelred asistía á esa hora á la Misa; mandó decir á su hermano que hasta que el santo

Sacrificio hubiere terminado no saldría de allí. “Los bienes del cielo antes de los de la tierra! añadió; quiero mejor perder la vida y todo lo que tengo mas querido en el mundo; pero nó se dirá que he preferido mis intereses á la gloria y el honor de Dios” Una fe tan grande debía merecer al príncipe la protección del Dios de los ejércitos.

Entre tanto Alfredo impaciente atacó á los enemigos, que teniendo la ventaja del terreno rechazaron á los Ingleses, y aun comenzaron á hacerlos replegarse, cuando Etehelard haciendo la señal de la cruz, avanzó cuando menos lo esperaban, y levantó de tal manera el ánimo de los suyos, que ganó la batalla en donde quedaron muertos los principales gefes de los enemigos. Esta victoria fué considerada como la recompensa de su piedad y sobre todo de su fidelidad en asistir al santo Sacrificio de la Misa (1).

1154. La Ferriere cerca de Grenoble.

El obrero sepultado en una mina

La mayor parte de los herejes del siglo XII rechazaban los Sacramentos y decían que el santo Sacrificio de la Misa no tiene ningún valor ni puede producir ningún fruto cuando se ofrece por los vivos ó por los difuntos.

[1.] Annales Ecclesix Anglicanx, ann, 871

Pedro el Venerable (1) les responde por este hecho milagroso por el cual prueba que según las palabras de San Lorenzo Justiniano, en el momento de la oblación sagrada “los cielos se abren, los cautivos son visitados, y los prisioneros miran caer sus cadenas (2).

En un pueblo de la diócesis de Grenoble, llamado La Ferriere, un trabajador minero, llevado por el ardor del trabajo, fue separándose de su compañeros y se aventuró en una galería que estaba abandonada. Los golpes redoblados que daba en la piedra causaron tal sacudimiento, que cayó un enorme trozo de roca detrás de él y sin causarle herida ninguna le cerró toda salida. Sepultado vivo en esa tumba oscura, gritó desesperadamente é hizo grandes esfuerzos hasta quedar desfallecido, y atormentado por el suplicio del hambre comprendió que no debía esperar mas que la muerte.

Entre tanto, su mujer, después de haber mandado hacer muchas indagaciones por toda la comarca, que no dieron ningún resultado, se persuadió que había perecido y no pensó ya sino en aliviar su alma por medio de las buenas obras, recurrió sobre todo á la divina Eucaristía, y cada semana mandaba decir una misa por el difunto y juntaba al augusto Sacrificio la ofrenda de un pan y de un cirio: solamente

[1.] Petr. Cluniac. *De miraculis*, lib. II, cap. 11; Patrol. lat., tom. 189, coll. 911.

[2.] *In sacræ oblationis hora aperiuntur cæli, mirantur angeli captivi visitantur, compenditi solentur.*

una semana á consecuencia de ocupaciones inesperadas olvidó esta piadosa práctica.

Casi un año después de la desaparición inesperada del minero, otros trabajadores volvieron á entrar en la galería abandonada, y llevaron sus trabajos hasta el lugar en donde había sido el derrumbamiento. De repente oyeron en lo mas profundo del subterráneo una voz que pedia socorro: después del primer movimiento de terror, siguieron excavando con ánimo y pronto traspasaron la roca; mas ¡cuál es su sorpresa al encontrar lleno de vida á su desgraciado compañero á quien todos creían muerto! Se le acercan, le abruman con preguntas, y quieren saber qué maravillas le han conservado la vida.

“Estaba yo, dijo, hacía muchos días sepultado detrás de este enorme trozo de roca; el hambre y la sed me torturaban, las tinieblas redoblaban aun mis sufrimientos y cada momento esperaba la muerte. En medio de estas angustias, ví venir á mí un joven de rostro resplandeciente y de una hermosura celestial; llevaba una antorcha encendida que fijó en la pared de la roca; y al mismo tiempo me presentó un grande pan diciéndome que me alimentara con él y tuviera buena esperanza; luego desapareció. Ocho días después, según lo que puedo conjeturar, porque no tenía ningún medio de medir el tiempo, estando á punto de faltarme el pan y la luz, mi caritativo visitador volvió con los mismos socorros; así me trajo con regularidad cada semana consolándome con benevolencia: solo

una vez pareció olvidar mi infortunio y me dejó en las tinieblas y sin alimentos; en estos ocho días sufrí tormentos indecibles hasta el momento en que mi celestial consolador vino á volverme las fuerzas y el valor.”

No había ya que engañarse acerca de estas maravillosas apariciones; la mujer del obrero y todos los que sabían lo que ella había hecho para el alivio espiritual de su marido, reconocieron que este socorro inesperado era debido al santo Sacrificio de la Misa. En efecto, las visitas del mensajero misterioso correspondían precisamente á los días en que tenían lugar la celebración de la santa Misa y la ofrenda del pan y del cirio por intención del desgraciado; es evidente que un ángel del Señor transmitía al prisionero lo necesario para alimentarse y alumbrarse: si se vió privado de ello durante una semana, es que en este mismo tiempo, como hemos visto, no habían tenido lugar las tres oblaciones. Este prodigio, mejor que todos los discursos, añade Pedro de Cluny, indica cuán eficaces son las piadosas ofrendas hechas por los fieles en el santo altar, y sobre todo qué frutos de salvación obra la Hostia de vida inmolada en el divino Sacrificio.



CAPITULO CUARTO.

La Santa Misa y el Purgatorio.

Sumario: Hechos referidos por San Gregorio el grande. San Malaquías.—La hermana de Sto. Tomás de Aquino. San Nicolás Tolentino.

El bienaventurado Enrique Suso y su amigo difunto.

“El santo Sacrificio de la misa, dice el papa San Gregorio el Grande, es muy eficaz para el alivio y la liberación de las almas del Purgatorio, puesto que las almas de los difuntos piden algunas veces á los vivos que se celebren misas para su descanso y en seguida les dan señales ciertas de su libertad.”

El mismo San Gregorio refiere en apoyo de esta aserción, muchos ejemplos sucedidos en su tiempo, es decir, en el siglo VI.

El primero es el de un difunto que aparece á un santo sacerdote de las cercanías de Roma para pedirle el auxilio de sus oraciones: este ofrece el santo Sacrificio de la Misa durante una semana entera por el alma que se había encomendado á él, y luego tiene noticia de un modo sobrenatural que ha salido libre del Purgatorio.

Un monje llamado Justo, perteneciente al monasterio fundado por San Gregorio en su casa paterna, en el Monte Coelius, se había hecho culpable de una falta grave teniendo escondida cierta cantidad de dinero, cosa contraria á las constituciones monásticas; lo cual habiéndolo

se descubierto en la última enfermedad del religioso prohibió San Gregorio á todos sus hermanos de religión que fueren á visitarlo y consolarlo: solo dejó que le hablara á su hermano según la carne, y le hiciera conocer que los otros monjes se apartaban de él por horror de su culpa. Justo conmovido vivamente por esta conducta, murió poco después muy arrepentido de su pecado; mas el santo Abad prohibió que el cuerpo del difunto se depositase en tierra bendita; mandó sepultarlo en un mauladar y ordenó que se arrojara sobre él las monedas de plata que se habían encontrado en su poder, repitiendo las palabras de la Santa Escritura: *Que tu dinero perezca contigo.*

Sin embargo, un sentimiento de compasión llenaba el alma de San Gregorio: hizo llamar al Superior del monasterio y le dijo con voz affligida: “Nuestro hermano difunto padece en el fuego; debemos ayudarle caritativamente en cuanto nos es posible á salir de esas llamas. Id pues, y haced que se ofrezca por él el Santo Sacrificio durante treinta días continuos, contando desde hoy; que no se pase un solo día sin que la Hostia saludable sea inmolada por él.”

El Superior obedece inmediatamente esta orden: y pasados los treinta días apareció el difunto por la noche á su hermano: “Qué sucede hermano mío? exclamó este, icómo os encontráis?—He sufrido mucho hasta este momento, respondió Justo, pero ahora soy feliz, porque he sido admitido hoy á la comunión de los santos.”

Su hermano se apresuró á avisar á los monjes lo que acababa de saber, y estos, calculando con cuidado los días, reconocieron que ese mismo día se había ofrecido el santo Sacrificio por intención del alma de Justo, por la trigésima vez.

San Malaquías, arzobispo de Armagh en Irlanda, recomendó á Dios en la celebración del santo Sacrificio una hermana que le había arrebatado la muerte y habiendo dejado de hacerlo por espacio de treinta días, fue advertido en sueños que la difunta esperaba con dolor en el cementerio, y que había estado treinta días sin alimento espiritual.

El santo comprendió que este alimento no era otra cosa que el santo Sacrificio de la Misa; volvió pues á seguir orando por su hermana, celebraba él mismo ó mandaba celebrar todos los días la misa por su intención. Algún tiempo después la vió en la puerta de la iglesia, mas sin poder entrar allí: no habiendo interrumpido sus oraciones, la vió por segunda vez en la iglesia, mas todavía lejos del altar. Finalmente, pocos días después se le apareció por tercera vez llena de gozo en medio una multitud de espíritus bienaventurados, lo que le causó gran consuelo.

A Santo Tomás de Aquino estando un día en oración se le apareció una de sus hermanas que había muerto siendo abadesa de Santa María de Capua, para decirle que estaba en el Purgatorio y pedirle se celebrasen cierto número de misas: el santo accedió á su súplica, mandó decir las misas y celebró el mismo

muchas por la difunta. Algún tiempo después esta se le apareció de nuevo para darle las gracias por el socorro que había recibido por medio de sus oraciones y de las misas que se habian dicho por su intención, como también de la gloria que gozaba ya en el Cielo.

San Nicolás Tolentino había retrocedido por largo tiempo ante la sublimidad del sacerdocio; lo que lo decidió á dejarse imponer las manos, fué el pensamiento de que celebrando todos los días podría asistir mas eficazmente á sus queridas almas del purgatorio; y así es, que solo los ángeles custodios de las almas libertadas por él podrían decir con cuánto fervor cumplía con este ministerio de intercesión.

Una noche del sábado al domingo, acababa Nicolás de dormirse cuando un espíritu salido por permisión divina de su tenebrosa prisión, se acercó á la cama del religioso gritando en alta voz:—Fray Nicolás, hombre de Dios, mirad, os lo suplico,

Medio despierto, Nicolás veía á su interlocutor al cual recordaba haber visto, pero sin llegar á reconocerle: al fin, le pregunta su nombre.—Yo soy Peregrín de Auximum, replicó la aparición; me habeis conocido bien cuando vivía en el mundo; y ahora soy atormentado en las llamas del purgatorio. Os suplico la gracia de que celebren la Misa de difuntos para mi alivio en particular, y por todos los que participan de mis tormentos.—Que mi Salvador cuya sangre os ha rescatado sea en

vuestra ayuda, respondió sencillamente el humilde religioso; mas en cuanto á mí, estoy designado para cantar la misa solemne, y me es imposible decir la Misa de difuntos.

Mas el espíritu insistió:—Venid, venerado Padre, y ved si es justo rechazar las súplicas de la desgraciada multitud que me ha enviado á vos, y abandonarnos tan cruelmente á nuestra espantosa suerte.

Pareciole al santo que seguía á su guía misterioso á una parte remota del desierto, y allí en una pequeña llanura percibió una numerosa multitud de almas que clamaban:—Tened piedad de tantas almas que esperan de vos su socorro; porque si os dignais ofrecer por nosotros el santo Sacrificio, muchas de nosotras serán arrancadas á los tormentos que nos devoran!

Despertóse Nicolás; y profundamente impresionado, se deshacía en lágrimas y súplicas intercediendo con el Salvador del mundo por esta multitud infortunada; y apenas rayaba el alba fué á arrojarse á los pies de su superior y obtuvo de él con súplicas eficaces ser descargado del oficio de toda la semana y celebrar toda ella la misa de difuntos.

El octavo día, apareció Peregrin de nuevo á Nicolás, asegurándole que la mayor parte de la multitud de almas que se le había mostrado en el desierto, gracias á sus misas y oraciones habían obtenido su libertad y gozaban ya de las delicias, del Cielo.

El bienaventurado Enrique Suso, una de las glorias de la Orden de Sto. Domingo, refiere que en el tiempo de sus estudios en Colonia, habia

hecho un pacto con uno de sus discípulos, según el cual, el que sobreviviera debería por espacio de un año, celebrar por su amigo todos los lunes la misa de difuntos, y todos los viernes la de la Pasión.

El amigo de Suso fue llamado el primero á comparecer delante de Dios; algún tiempo después, el Bienaventurado vió al difunto presentársele todo desfigurado por el sufrimiento y quejándose amargamente de su infidelidad en cumplir el pacto que habían hecho. Pero hermano mío, dice Suso para justificarse, yo no os he olvidado; si he descuidado celebrar por vos la Santa misa, todos los días, ruego á Dios encarecidamente por vuestra alma y he practicado algunas mortificaciones para apresurar vuestra libertad.—¡Cómo! replica el difunto, esto es precisamente el motivo de mis quejas; porqué, de todos los medios que teneis de socorrerme, habeis descuidado el más eficaz, el más poderoso. La Sangre de Jesucristo, añadió, la Sangre de Jesucristo es lo que pido para apagar estas llamas que me devoran; el Santo Sacrificio es el que me librá de estos tormentos espantosos.”

El Bienaventurado lleno de confusión se apresuró á responder á este infortunado que iba á cumplir su promesa lo mas pronto posible, y que para reparar su falta diría más misas de las que había prometido. En efecto, desde el día siguiente por la mañana, muchos sacerdotes á ruegos de Suso, subían al altar con esta intención, y por muchos días continuaron celebrando la misa por el difunto. Entonces

este apareció de nuevo á nuestro Bienaventurado con alegría en el rostro y la aureola de los santos al derredor de su cabeza.—“Oh! gracias, mi fiel amigo, ¡heme aquí, gracias á la Sangre del Salvador, libertado de las llamas expiatorias: ya subo al cielo y allá no me olvidaré de vos!”



LIBRO TERCERO.

LA SANTA COMUNION.